

do el cacique Capasi, logró escaparse, no obstante que estaba lisiado de ambos pies y sólo andaba á gatas: los castellanos juraban y perjuraban «que no era posible, sino que se auia ido por los aires con los diablos»¹

Por ser ya el mes de octubre, resolvió Soto invernar allí.²

Hasta marzo de 1540 no continuó Soto su empresa. Caminó entonces hacia la provincia de Cosachiqui, porque le dijeron que era rica en plata, oro y perlas, «con que el Exército estaba contento, i deseaba, que se llegase el tiempo para salir, al Descubrimiento.»³ Desorientados los castellanos durante la marcha, prendían á los indios que encontraban para que les informasen de sus pueblos y caciques, mas nada descubrían los naturales, aunque les quemasen vivos: «y todos sufrieran aquel martyrio, por no descubrirlo.»⁴ Llegados á Cosachiqui, «la Señora del pueblo (escribe Luis Hernández de Biedma, factor de su magestad), nos invió una sobrina suya, é la traian unos indios en unas andas con mucha autoridad; é inviónos á decir que holgaba que hoviesémos llegado á su tierra, y que nos daría de lo que ella pudiese é tuviese, é invió una sarta de perlas de cinco ó seis hilos al Gobernador, diónos canoas en que pasásemos aquel rio y partió con nosotros, la mitad del pueblo; estuvo tres ó cuatro dias con nosotros, y luego se alzó y se fué al monte. El Gobernador la hizo buscar, y como no se pudo hallar, abrió una mezquita que allí estaba, donde estaban enterrados los principales de aquella tierra, y sacamos de allí cantidad de perlas, que serían hasta seis arrobas y media ó siete dellas, aunque no eran buenas, que estaban dañadas por estar debajo de la tierra y metidas entre el sain de los indios.»⁵

Todavía avanzaron al norte los castellanos hasta la provincia de los Chalaques, situada entre los 36 y 38°, y de allí re-

1 Garcilaso de la Vega, op. cit., pág. 85.

2 Herrera, op. cit., década 6ª, pág. 167.

3 Ibidem, década 7ª, págs. 17-8.

4 Oviedo y Valdés, op. cit., tom. I, pág. 559.

5 Colec. Docs. de Indias, tom. III, pág. 421.

gresaron por Xuale y por Ichiaha, pueblo dependiente de Cosachiqui, y cuyos habitantes, á pesar de que eran naturalmente pacíficos y serviciales, tuvieron que alzarse «por cierta cosa que el Gobernador les pidió, y en fin, era que les pidió mujeres;»¹ siguieron luego por Acoste, cuyo cacique, aunque les recibió amigablemente, tuvo también que poner sobre las armas á su gente, á causa de que los castellanos «le ranchearon ó mejor diciendo, le saquearon unas barbacoas contra su voluntad;»² por Coza, donde se quedó un cristiano que no quiso entregar el cacique, quien manifestó á Soto con firme entereza: «que no haría fuerza para que bolviese, al que de su gana se quedase, antes lo estimaría en mucho.»³

De Coza pasaron á Talise; aquí el señor Tascaluza les recibió de paz, pero como le pidieron indios para llevar las cargas, contestó: «quel no acostumbraba á servir á nadie, que antes todos le servian á el;»⁴ por lo cual fué aprehendido inmediatamente; aun preso consiguió llevar á los españoles á un pueblo cercano llamado Mauvila, cuyos hijos, hombres y mujeres, lucharon tan rudamente contra los españoles, que «nos fue forzado (dice Hernández de Biedma) salir huyendo del pueblo, y quedóse dentro todo lo que los indios nos traian en cargas, como lo habian descargado allí.»⁵ Volvieron los castellanos á atacar el lugar y viendo que no podían tomarlo, pusieron fuego á los buhíos: «peleamos aquel dia (agrega el mismo Hernández de Biedma), hasta que fué noche, sin que se nos rindiese ningun indio, sino que pelearon como bravos leones; matámoslos todos, unos con el fuego, otros con las espadas, otros con las lanzas, de los que salian fuera: ya cerca de noche quedaban solo tres indios y tomaban aquellas veinte mugeres que habian traído para bailar y poníanlas delante de sí; las mugeres cruzaban las manos, haciendo de señas á los christia-

1 Oviedo y Valdés, op. cit., tom. I, pág. 563.

2 Ibidem, pág. cit.

3 Garcilaso de la Vega, op. cit., pág. 144.

4 Hernández de Biedma, en Colec. Docs. de Indias, tom. III, págs. 423-24.

5 Ibidem, págs. 425-26.

nos que las tomasen, llegaban los christianos á tomallas, y ellas desviábanse, y los tres indios que venian detrás dellas flechaban á los christianos. Matamos los dos de los indios, y uno solo que quedó, por no se nos rendir, subiósse á un árbol que estaba en la misma cerca, y quitó la cuerda del arco y atósela al pescuezo, y á una rama del árbol ahorcóse.»¹

De los españoles murieron 72, muchos de heridas recibidas en los ojos ó en la boca, pues como les veían acorazados, los naturales les tiraban al rostro; á la pérdida de hombres se añadió la de 45 caballos, «que no fueron menos llorados, y plañidos, que los mismos compañeros, porque veían, que en ellos consistia la mayor fuerza de su Exercito.»² Más sintieron la pérdida de cuantas riquezas habían allegado hasta entonces, incluso las decantadas arrobas de perlas: de este arte, «quedaron como alárabes desnudos y con harto trabaxo.»³

«El número de naturales que perecieron pasó de 11,000,»⁴ contando hombres y mujeres, las cuales también «determinadamente se ofrecían á la muerte;»⁵ «aun muchachos de quatro años reñían con los chripstianos, y muchachos indios se ahorcaban por no venir á sus manos, é otros se metían en el fuego de su grado.»⁶

El sensible descalabro que acababan de sufrir los castellanos, la valentía indómita de todos los naturales y la pobreza relativa de la tierra, que á la verdad no abundaba en plata y oro como la Nueva España y el Perú; indujeron á algunos de los españoles á maquinar una rebelión é irse allende el mar; lo supo Soto, y para hacer fracasar á los conjurados, se alejó violentamente de la costa oriental hacia donde se encaminaba,⁷ y

¹ Ibidem, págs. 426-27.

² Garcilaso de la Vega, op. cit., pág. 157. Dice este autor que murieron ochenta y dos castellanos, pero erróneamente, pues tal cifra no se compadece con el por menor que da antes.

³ Oviedo y Valdés, op. cit., tom. I, pág. 569.

⁴ Garcilaso de la Vega, op. cit., pág. 158.

⁵ Ibidem, pág. 153.

⁶ Oviedo y Valdés, op. cit., tom. I, pág. 569.

⁷ Garcilaso de la Vega, op. cit., pág. 161.

resolvió pasar el invierno de aquel año en Chicora, población inmediata á Mauvila y cuyos hijos, á ejemplo de sus heroicos vecinos, sostuvieron crudísima guerra contra los castellanos y mataron á 40 de ellos y 50 caballos.¹ Tuvo, sin embargo, que permanecer allí Soto y que sufrir asaltos continuos y perpetua inquietud, hasta principios de abril de 1541, que salió con dirección á Alibamo. «Aquí nos aconteció (escribe Hernández de Biedma) lo que dicen que nunca ha acontecido en Indias, que fue que en el medio del camino por donde habíamos de pasar, sin tener allí comida que defender ni mugeres que guardar, sino solamente por se probar con nosotros, hicieron una albarrada en el medio del camino, muy fuerte, de palos, y metiéronse allí obra de trecientos (sic) indios, con determinacion de morir antes que la desamparasen.»² Tomó el fuerte Soto, teniendo 7 ú 8 castellanos muertos y 25 ó 26 heridos. Siguió luego por un extenso despoblado que tardó en pasar doce días, con dirección hacia Chisca, pueblo sobre el cual cayó «tan de sobrasalto (declara Hernández de Biedma) que ninguna noticia tenían de nosotros; los indios eran idos á hacer sus labores á sus maizales; tomamos mas de trescientas mugeres que estaban en el pueblo, y esa miseria que tenían en sus casas de cueros y mantas.»³

Pasaron de allí á Casquin, donde, según cuentan los cronistas, hizo Dios el milagro de que lloviese para acreditar cerca de los indios á aquellos sus salteadores; en seguida á Capahá, que dejaron asolada; regresaron á Casquin y siguieron por Quiquate, el mayor pueblo de cuantos habían visto,⁴ por Colima y por Tula; salieron de aquí «Hombres, i Mugeres á pelear, i forzados, se retiraron, i los Soldados se entraron con ellos, i los mataron, porque nadie se quiso rendir;»⁵ «era tanta la braveza dellos (manifiesta Hernández de Biedma) que se juntaban de ocho en ocho y de diez en diez y se venían á nosotros como

¹ Herrera, op. cit., década 7ª, pág. 30.

² Colec. Docs. de Indias, tom. III, pág. 429.

³ Ibidem, pág. 430.

⁴ Ibidem, pág. 434.

⁵ Herrera, op. cit., década 7ª, pág. 34.

perros dañados.»¹ «El adelantado embió Quadrillas de Caballos à reconocer la Tierra, i los Indios que tomaban, se echaban en el suelo, diciendo: O me mata, ó me dexa;»² «y si querian arrastrarlos, porque se levantasen, se dejavan arrastrar; por lo qual fue forzoso à los Castellanos matarlos todos.»³

Detúvose por último Soto en la provincia de Vitangue, lugar que escogió para invernarse. No estuvo, sin embargo, del todo ocioso, porque de cuando en cuando mandaba saltar indios ó los salteaba personalmente. Entrado el mes de abril de 1542 salió para Naguatex, donde huyó Diego de Guzmán y se acogió á un cacique que, como el de Coza, se negó á entregarlo, manifestando «que no havia hecho fuerza á aquel Hombre, para que se quedase, ni era justo que se la hiciese, para que se bolviese.»⁴ Resignóse Soto á perder al fugitivo, y entró en las provincias de Guancané, Amilco, cuyos habitantes huyeron, y Guachacoya: con la gente de este pueblo retrocedió Soto á destruir á Amilco. Vuelto á Guachacoya, propúsose hacer unos bergantines si encontraba cerca la mar; proponíase avisar á Cuba «de cómo éramos vivos (escribe Hernández de Biedma), para que nos proveyesen de algunos caballos y cosas necesarias que habíamos menester; invió el Capitan, la vuelta del Sur, á ver si podría descubrir algun camino, para ir á buscar la mar, porque por relacion de los indios ninguna cosa se podía saber que hubiese, y volvió diciendo que no hallaba camino ni por do poder pasar las grandes cienas, quel rio grande (hoy Mississippi) echa de sí. El Gobernador, de verse atajado y ver que ninguna cosa se le hacia á su proposito, adoleció de la enfermedad, que murió. Muerto el Gobernador, dejónos nombrado á Luis de Moscoso para que le tuviésemos por Gobernador.»⁵

Falleció Soto el 26 de junio de 1542,⁶ á la edad de 42 años. «Fue Hijodalgo, Natural de Villanueva de Barcarrota, de mas

¹ En Colec. Docs. de Indias, tom. III, pág. 435.

² Herrera, op. cit., década 7ª, pág. 34.

³ Garcilaso de la Vega, op. cit., pág. 190.

⁴ Herrera, op. cit., década 7ª, pág. 131.

⁵ En Colec. Docs. de Indias, tom. III, pág. 437.

⁶ Garcilaso de la Vega, op. cit., pág. 207.

que mediano cuerpo, de tan buena gracia, que parecia bien à pie, i à caballo, en que era mui diestro, alegre de rostro, moreno de color, sufridor de trabajos, i valiente, i el primero en los peligros, con que daba gran exemplo à los Soldados.»¹

La expedición de Soto queda sintéticamente pintada por Oviedo, quien escribe que preguntando él á un hidalgo bien entendido que acompañó á Soto en todo lo que anduvo de la Florida, «que á qué causa en cada parte que llegaba este gobernador é su ejército pedian aquellos tamemes ó indios de carga, é por qué tomaban tantas mugeres, y essas no serian viejas ni las mas feas; y dándoles lo que tenían, por qué detenian los caciques y principales, y á dónde yban que nunca paraban ni sosegaban en parte alguna: que aquello ni era poblar ni conquistar, sino alterar é asolar la tierra é quitar á todos los naturales la libertad, é no convertir ni hacer á ningun indio chripstiano ni amigo; respondió é dixo: Que aquellos indios de carga ó tamemes los tomaban por tener mas esclavos y servidores, é para que les llevasen las cargas de sus mantenimientos, é lo que robaban ó les daban; é que algunos se morian é otros se huian ó se cansaban, é que assi avian menester renovar é tomar mas: é que las mugeres las querian tambien para se servir dellas é para sus sucios usos é luxuria, é que las hacian baptizar para sus carnalidades mas que para enseñarles la fé: y que si se detenian los caciques é principales, que assi convenia para que los otros sus súbditos estoviessen quedos é no les diessen estorbo á sus robos é á lo que quisiessen hacer en su tierra de los tales. Y que á dónde yban ni el gobernador ni ellos lo sabian, sino que su intento era de hallar alguna tierra tan rica que hartasse sus codibcias, y saber los secretos grandes quel gobernador decia que sabia de aquellas partes, segund muchas informaciones que se le avian dado. É que quanto á alterar la tierra é no poblar, que no se podía hacer otra cosa hasta topar asiento que les satisficiese.»²

A esas infames correrías ha llamado COLONIZACIÓN TUTE-

¹ Herrera, op. cit., década 7ª, págs. 133-34.

² Op. cit., tom. I, pág. 566.

LAR don Rafael Altamira y Crevea, Catedrático de la Universidad de Oviedo, según indicamos ya.¹

Muerto Soto, sus soldados se apresuraron á abandonar la Florida. Como intentaron hacerlo por tierra, salieron rumbo al poniente á principios de julio, mas después de caminar muchos días por tierras despobladas y pobres, y sufrir la tenaz persecución de los naturales, tuvieron que retroceder en busca del río Grande y de la provincia de Guachacoya; llegaron á aquél hasta fines de noviembre, habiendo perdido en la travesía por enfermedad ó á manos de los naturales, 100 hombres y 80 caballos,² además de los indios de carga, los desdichados tamemes de tan efímera vida bajo el yugo de los castellanos, á quienes éstos omitían sistemáticamente en las cuentas de sus pérdidas, en las que por el contrario nunca dejaban de figurar los caballos muertos: cuán cierto es que los españoles estimaban á los indios «en menos que á bestias.»³

No dieron con la provincia de Guachacoya como querían, sino con la de Aminoya, situada 16 leguas arriba á lo largo del río Grande; se apoderaron allí de dos pueblos abundantes en mantenimientos y á cuyos pobladores indígenas hicieron huir. Para entonces «ià no eran mas de trecientos i veinte Infantes, i setenta Caballos.»⁴

Por enero de 1543 se principió la construcción de siete bergantines «que tardaríamos en acaballos (dice Hernández de Biedma) seis meses.»⁵

El 29 de junio se embarcaron pues en dichos bergantines y en muchas canoas 350 castellanos, únicos que habían escapado de la muerte,⁶ como 30 caballos⁷ é igual número de indios de ser-

1 Supra, pág. XIV.

2 Herrera, op. cit., década 7ª, pág. 136.

3 Fray Toribio de Benavente, ó Motolinia, en Colec. de Docs. para la Historia de México, por García Icazbalceta, tom. I, pág. 18.

4 Herrera, op. cit., década 7ª, págs. 134-36.—Debe entenderse que eran 390 castellanos y 70 caballos.

5 Colec. Docs. de Indias, tom. III, pág. 440.

6 Herrera, op. cit., década 7ª, pág. 139.

7 Garcilaso de la Vega, op. cit., pág. 235.

vicio, que de 800 que conservaban los invasores pocos meses antes, fueron los únicos que sobrevivieron.¹

Al segundo día de navegar los castellanos por el río Grande, dieron sobre ellos cerca de 1,000 canoas pintadas unas de negro, otras de azul, otras de diversos colores, y tripuladas por guerreros indígenas que llevaban sobre la cabeza vistosos penachos; «i bogaban al son de sus cantares, que eran [segun que los Interpretes declaraban] aquellos vagabundos Extranjeros moriràn en el Agua, i seràn manjar de los Peces, engrandeciendo el valor de sus Señores, i capitanes.»²

Aprestaron esta armada algunos pueblos que para tal fin se habían confederado, y la mandaba como capitán general en agua el valeroso cacique Quigualtanqui, quien habría acabado con todos los castellanos si hubiese perseverado en su persecución; contentóse empero con matar algo menos de la octava parte de ellos y á todos los caballos, dando un solo ataque formal, que bastó para revelar la inteligente estrategia de Quigualtanqui y la disciplina y pericia de sus soldados: en lugar adecuado abrió de manera rápida su escuadra en forma de luna nueva; avanza así sobre las canoas de los castellanos, las alcanza, cierra con violencia el cuerno derecho y las deja dentro; en seguida las embiste por través, las vuelca y hace perecer á los castellanos que las tripulaban, excepto cuatro.³ Plenamente satisfechos de su victoria, volvieron luego los indios á sus pueblos.

Una vez libres los castellanos de Quigualtanqui, pudieron salir á la mar, por la que siguieron penosamente hasta Pánuco, donde encontraron buena acogida de sus compatriotas. Amotinaronse allí sin embargo los simples soldados en contra de sus jefes, lo que motivó que fuesen traídos á México divididos en cuadrillas. Por último, quedáronse aquí en la Nueva España unos y otros se fueron al Peru, ó regresaron á Castilla.⁴

1 Ibidem, pág. 238.

2 Herrera, op. cit., década 7ª, pág. 140.

3 Ibidem, págs. 140-41.

4 Ibidem, pág. 144.